

▶ las personas. Entre nuestros delegados abundan las mujeres de mediana edad, con su situación familiar organizada. Y normalmente no suelen tener personas con discapacidad en su entorno», puntualiza Barrón. Claro que cada persona exige un perfil diferente: no es lo mismo un discapacitado joven y autónomo, necesitado de un amigo con el que acudir a algún festival de rock, que alguien con severas disfunciones psíquicas y físicas, que precisa más de una figura similar a una madre. De estas relaciones no tardan en nacer vínculos fuertes, complejos, menos unidireccionales de lo que se podría pensar: «Van envejeciendo juntos. De hecho, ya estamos teniendo procesos de duelo por fallecimientos de voluntarios o tutelados. Después de eso algunos

voluntarios deciden no seguir, se retiran de la fundación».

Desde fuera, llama la atención que una proporción importante de los tutelados sí tenga parientes: «En algunos casos no han querido hacerse cargo y en otros, no ha querido el juez, por entender que la familia no era apta», explica Barrón. Cuando mueren los padres, muchos hermanos contemplan con miedo al discapacitado intelectual, que se les presenta como una carga inasumible. «La segunda generación renuncia muchas veces a la tutela. Suelen fijarse en el modelo de sus padres, que han entregado su vida hasta el último de sus alientos: no salían, no gastaban, vivían para esa persona. Piensan que la única manera de tutelar es ésa y se asustan, pero tutelar no equivale a convivir: hay

residencias, centros de día, vacaciones de descanso... Puedes tutelar sin que te hipoteque la vida». En los últimos años se ha extendido el sistema de pretutela, por el que los padres, angustiados por qué va a ser de su hijo cuando ellos mueran, dejan todo atado con la fundación.

En Abadiño, ha dejado de llover. Emi hace una lista de las cosas que más le gustan a Sonia: los quesitos, el color rojo –«en cuanto ve ropa roja en la tienda, la quiere, sin importar la talla»– y hablar por teléfono, algo que siempre la anima cuando está deprimida. También baja muy contenta, tres días a la semana, al club de tiempo libre. ¿Y Sonia, qué tiene que decir de Emi? «Es un poco seria», acusa, con un gesto burlón. Para buena parte de la sociedad, los discapacitados

intelectuales son unos grandes desconocidos y una presencia que se procura evitar, pero basta pasar un rato con alguien como Sonia para darse cuenta de que podemos ir tirando a la basura las ideas preconcebidas. «Yo animo continuamente a mis conocidos a participar en este voluntariado –dice Emi–, pero, donde no hay remuneración, la gente no se mete. ¡Qué valor tienes!», me suelen decir. Pero para esto no hace falta ningún valor: simplemente damos cariño y lo recibimos, ¡vaya si lo recibimos! Obtienes una gratificación enorme». De vuelta arriba, en la residencia Atxarte, las cuidadoras bromean con Sonia por el reportaje fotográfico y le preguntan si le han sacado el lado bueno. Ella tarda una décima de segundo en responder: «¡Si no tengo malo!».

## «Todo lo hacen de corazón»

**María, voluntaria de Valladolid, lleva año y medio asignada a Miguel, un torbellino de actividad**



María y Miguel pasean por la Plaza Mayor de Valladolid.  
:: G. VILLAMIL

**M**iguel llevaba mucho tiempo torpedeando a la Fundación Tutelar Castellano-Leonesa con una petición machacona. «Quiero un delegado», les decía un día. «¡Buscadme un delegado!», les decía al siguiente. «¿No hay un delegado para mí?», insistía en cuanto tenía ocasión. Y tanta ilusión y tanta tenacidad dieron su fruto: hace año y medio, le asignaron por fin una delegada tutelar, María, funcionaria del Ayuntamiento de Tudela de Duero, a 15 kilómetros de Valladolid. Miguel es un tipo muy autónomo, la muestra de que la discapacidad no impide llevar una vida rica y satisfactoria, pero echaba de menos esa referencia estable que le podía brindar un voluntario asignado a él. «Hay muy pocos –aclara Miguel– y he tenido suerte, porque María es muy maja. El primer día fuimos a Tudela, tomamos un café y me cayó muy bien». «Él está fenomenal, pero el contacto con la gente de fuera de su entorno le encanta. Aparte de los profesio-

nales, no suelen entablar relación con personas que no tengan sus problemas», explica María, que aún recuerda que lo primero que le preguntó al conocerla fue si estaba contenta de ser su delegada.

Y lo está, no lo puede ocultar: «Miguel tiene un carácter muy bonachón, en este tiempo no lo he visto nunca enfadado. Y es la actividad personificada, sin ningún problema para relacionarse. El otro día tuvimos el encuentro anual de la fundación en un centro ecuestre y fue el primero que se apuntó a todo». Cuando quedan para tomar un café, a Miguel nunca le faltan cosas sobre las que ponerla al día, porque su rutina es muy diferente de la que tienen otros compañeros con mayor grado de dependencia. Vive en un piso tutelado de Valladolid, con tres chicas y una monitora, y trabaja en un programa de la asociación Asprona. Practica el atletismo, juega al pádel, va a clase para aprender a leer y escribir –«es algo difícil, pero poco a poco...»–, es cofrade en Semana Santa y se

«Hay pocos delegados y he tenido suerte, porque es muy maja»



ha echado novia, Ana, una chica que trabaja con él. Y, por supuesto, nunca perdona las fiestas de su pueblo, Peñafiel: «Están muy bien: voy a los toros, a la verberna...».

María descubrió la fundación a través de una amiga que se hizo voluntaria. Empezó a acompañarla cuando se encontraba con la persona que le habían asignado y, al final, decidió dar el paso. «Mucha gente no se anima porque piensa que hay que dedicarles más tiempo – se lamenta-. En realidad, por poco que les dediques, ya es mejor que nada. Nosotros quedamos a tomar café, nos contamos cómo nos va, a veces salimos de compras... Tú les das simplemente aprecio, y ellos te dan a ti una demostración desinteresada de cariño: es afecto sincero, porque todo lo hacen de corazón. Cuando te preguntan cómo estás, les preocupa realmente que estés bien. Con ellos aprendes a valorar la vida de otra forma y a conformarte con muy poco».